

Hubeňak, Florencio

*La helenización de Roma como paso previo a
la romanización de la ecúmene*

Ponencia presentada en:

XIV Jornadas de Estudios Clásicos, 2008

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Católica Argentina

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Hubeňak, Florencio. “La helenización de Roma como paso previo a la romanización de la ecúmene” [en línea].
Presentado en XIV Jornadas de Estudios Clásicos. Universidad Católica Argentina, Facultad de Filosofía y Letras,
2008 Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/contribuciones/helenizacion-roma-paso-previo-ecumene.pdf> [Fecha de consulta:]

LA HELENIZACIÓN DE ROMA COMO PASO PREVIO A LA ROMANIZACIÓN DE LA ECÚMENE¹

Sabemos que fue recién en el siglo III a C. cuando apareció entre los helenos la preocupación por la existencia de una nueva potencia: Roma; y paralelamente el intento de explicar esta aparición -casi milagrosa- y su no menos misterioso poderío; es decir "la idea de Roma".

La ocupación que los romanos hicieron de la Hélade –a la que llamaron Grecia- y luego del resto del “mundo helenístico”, modificó las características del proceso de “romanización”, añadiendo una importante labor de “helenización cultural”, basada en el traslado de una significativa cantidad de intelectuales helenos que pasaron al servicio de la elite de Roma. Y con ellos –y su pensamiento- llegaron los libros y las bibliotecas. Anticipemos que así como los helenos se impresionaron con la grandeza de Roma, anteriormente los conquistadores romanos fueron subyugados por las diferentes manifestaciones del helenismo.

Aunque no sea el aspecto que trataremos aquí, debemos recordar que Roma entró en contacto con la Hélade – y sus mitos- mucho tiempo antes, a través de los etruscos² y de la intermediación samnita con la Magna Grecia. Está generalmente aceptado que fue de los helenos, desde Cumas, donde los romanos aprendieron el alfabeto y tomaron muchos otros elementos culturales, antes de la ocupación de las **basileias** helenísticas³. Bayet agrega acertadamente “una multitud de antiguas leyendas griegas, relativas sobre todo el ciclo de la guerra de Troya y a los dioses protectores de la salud y del comercio...⁴ fueron conocidos antes de la ocupación de Macedonia.

La influencia de las ideas –y los productos- griegos se acrecentó con la ocupación de la Magna Grecia; Tarento fue tomada en 272 –o más exactamente en 482 **ad urbe condita** (desde la fundación de Roma) tras el abandono de Pirro, el frustrado “continuador de Alejandro el magno y la Sicilia se ocupó entre 241 y 212, en que cayó Siracusa y la región - tras la primera guerra contra Karthago (268/241)- fue convertida en provincia (**pro-vinci**) romana, iniciando un nuevo mecanismo de romanización⁵.

Con algo de exageración obvia podríamos aducir que nuestra exposición comienza precisamente aquí, ya que la toma de Tarento implicó la captura de gran cantidad de habitantes y su traslado a Roma. Entre ellos se encontraba un muchacho destinado a cumplir un papel importante en esta ocasión: Livio Andrónico.

Los historiadores de la literatura han logrado reconstruir algunos datos básicos para este joven prometedor. Llegó a Roma -probablemente aún casi niño- en el carro triunfal del cónsul Papirio Curso, entre más de treinta mil tarentinos. Según nos refiere Floro: "Roma nunca había asistido a un triunfo más espléndido"⁶; allí fue adquirido como esclavo por un cierto Livio -quizá fuera el padre de Livio Salinator, vencedor de Asdrúbal en la batalla de Metauro- y más tarde –dadas las condiciones del joven- nombrado preceptor de sus hijos. Estos lograron que el joven tarentino fuera manumitido y como era costumbre tomó el nombre de su dueño: Livio⁷.

Hacia mitades del siglo III –en pleno clima anti-cartaginés- Livio Andrónico –posiblemente con el apoyo de su benefactor- abrió una “escuela” de griego y latín para los jóvenes romanos⁸.

¹ Artículo publicado en: *Actas de las XIV Jornadas de Estudios Clásicos*, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina-Facultad de Filosofía y Letras, Junio 2008, p. 173/84.

² Tito Livio y Cicerón nos narran que hasta las postrimerías del siglo IV la educación etrusca atrajo a los hijos de las familias patricias romanas (T. Livio. IX, 36,3; Cicerón. Div. I, 92).

³ Cfr. Finley, Moshe. *Los griegos en la antigüedad*. Barcelona, Labor, 1973, p. 189.

⁴ Bayet, Jean. *Literatura latina*. Barcelona, Ariel, 1966, p. 42.

⁵ Cfr. Rostovtzeff, M.Roma. *De los orígenes a la última crisis*. Bs. As., EUDEBA, 1968, ps. 67/71.

⁶ Epítome I, 8.

⁷ “...fue emancipado por Livio Salinator, de cuyos hijos era preceptor” (Jerónimo. A.u.c. 567-8).

⁸ Suetonio. Gram. 1, 1. Cfr. Escolar Sobrino, Hipólito. *Historia universal del Libro*. Madrid, Fund. Sánchez Ruipérez-edit. Pirámide, 1993, p. 165. “Enseñar era una buena fuente de renta como bien lo sabía Catón (Plutarco. Catón XX) y se cotizaba ventajosamente en el mercado (Plinio. Historia Natural. VII, 128; Suetonio. Gram. 3,3) continuando la costumbre de fundar “escuelas de gramática” iniciada en 260 por Espurio Carvilio Cfr. Bayet, Jean. *Literatura latina*. Barcelona, Ariel, 1966, p. 49.

De este modo en Roma comenzaron a imitarse las obras épicas y las costumbres helenas, traídas por los esclavos convertidos en “pedagogos”⁹, despertando en la elite romana la inquietud por un pasado glorioso, perdido entre las cenizas de la invasión de los galos. En este contexto se explica que Livio haya traducido la Odisea al latín¹⁰. Con similar intención –y quizás incitado o al menos estimulado por sus protectores- compuso tragedias en latín, en las que retomó el ciclo mítico troyano (Aquiles, Ajax, El caballo de Troya) que asignaba a los romanos un origen divino -como herederos de Troya-, prometiéndoles –en plena época de crisis- regir los destinos de un imperio universal, tema que casi dos siglos más tarde cantará Virgilio en recordados párrafos de la Eneida. Es de notar que esta temática favorecía el resurgimiento moral de Roma y ayudaba a soportar los pesados años de lucha con la confianza en la misión providencial que el destino había anticipado a sus habitantes.

Por otra parte, también sabemos que, en 207, siendo cónsul Livio Salinator los romanos, angustiados por el cariz de los acontecimientos respecto al cartaginés Hannibal decidieron encomendar a Livio la redacción y dirección de un himno expiatorio. Festo nos señala que después las cosas comenzaron a volverse más prósperas.

Casi contemporáneo fue Cneo Nevio (**Naeivius**), quien provenía de la región de la Campania¹¹ y después de combatir contra los cartagineses¹², prácticamente siguió los pasos de Livio. Sabemos que estrenó su primera obra en Roma cinco años después que Livio, en 235. Pero la obra más significativa para nuestro tema fue redactada al regresar del campo de batalla, después de la primera guerra púnica, con el título de **Bellum Punicum** y también sirvió para despertar la conciencia nacional romana alicaída por los progresos cartagineses que amenazaban la existencia misma de la urbe de las siete colinas. Nevio no se limitó a narrar poéticamente la primera guerra¹³, sino que –al estilo de sus contemporáneos- dedicó los dos primeros libros a la partida de Eneas desde Troya y a su paso por Karthago, retomando la ilación de los orígenes semi-legendarios de Roma, como sucesora de Ilión¹⁴. Su obra, además de ser un modelo para poetas e historiadores posteriores, comparte la tesis "catoniana" que el héroe de la guerra fue todo el pueblo romano, favoreciendo de este modo la idea de los orígenes grandiosos y el futuro promisorio de Roma. Es interesante observar que mientras la mitología helénica –y troyana- ensalzaba el papel del héroe¹⁵ los romanos endosaron ese papel a todo el **populus**.

En la línea de nuestra exposición resulta adecuado reiterar que la crisis provocada por la cruenta guerra con Karthago desató una inevitable “ola de patriotismo”, unió a los romanos ante el peligro del enemigo común¹⁶ y les hizo bucear en sus orígenes, engrandeciéndolos.

Aunque Livio Andrónico y Cneo Nevio suelen ser considerados por los expertos en literatura como los iniciadores del teatro griego en Roma, sus obras tuvieron, sobretodo, una clara intencionalidad política, y en ese aspecto nos interesan en la medida que produjeron la primera "movilización" de la literatura en pos de un "nacionalismo romano".

⁹ “Homero fue traducido por Livio Andrónico y fue imitado por Ennio” (Della Corte, Francesco. Catone censore. Firenze, La Nuova Italia, 1969, p. 79).

¹⁰ Cfr. Bayet, J. op.cit., p. 50. Aulo Gelio afirma haber encontrado “en la biblioteca de Patras un libro venerable por su vejez, de Livio Andrónico, con el título de Odisea...” (XVIII,9). Pero hoy solo tenemos “algunos fragmentos miserables” (Grimal, Pierre. Le siècle des Scipions. Paris, Aubier, 1975, p.53).

¹¹ “Pero, aun dentro de esta incertidumbre, sabiendo que Nevio sirvió en la primera guerra púnica, que duró 23 años, desde el 490 al 513 de Roma, podríamos fijar su nacimiento en el decenio 470/480 y su muerte en el decenio 550/560” (Tarnassi, José. Estudios latinos. t.I. Los poetas del siglo VI de Roma estudiados en los escritores latinos. Bs. As, Coni, 1939, p. 60).

¹² Aulo Gellio. Noches Áticas. XVII, 21.

¹³ Pasos que luego seguirá Silio Itálico con la segunda guerra púnica, en plena época imperial. Cfr. Le Gall, J. La religion romaine, de l'époque de Caton l'ancien au regne de l'empereur Commode. Paris, SEDES, 1975, p. 117/8.

¹⁴ Tarnassi transcribe: “Después que Anquises hubo observado el ave en la región del cielo, se arreglan en su orden sobre el altar las cosas necesarias para el sacrificio a los Penates: y él inmoló una víctima perfecta, de dorados cuernos” (Bellum Punicum. fragmento del libro I; en: Estudios latinos. cit. t.I., p. 85)

¹⁵ Bauzá, Hugo. El mito del héroe. México, F.C.E, 1998.

¹⁶ Tesis que Isócrates había empleado en el el siglo IV a C. en la Hélade. Cfr. nuestro: De la polis a la cosmopolis: hacia la centralización del poder, en: Revista de Historia de la Universidad de Concepción (Chile). 1995, v. 5.

Las muertes de ambos fueron casi coincidentes con la llegada a Roma de otro poeta clave en el proceso que estamos desarrollando: Quinto Ennio. Éste provenía de la Calabria -quizás emparentado con la familia real nativa- y en el 204 a. C. Marco Porcio Catón, le encontró en la Cerdeña ya helenizada y le llevó consigo a la ciudad de las siete colinas¹⁷, quizás con la intención de cantar las loas a Roma que él proyectaba y que de algún modo concretó más tarde en su **Orígenes**¹⁸.

Retornando a Ennio éste mostró prontamente que poseía una formación cultural de primer nivel tanto en gramática, filología, historia, mitología, astronomía, filosofía, como en el conocimiento de las doctrinas de los sabios itálicos como Empédocles y los pitagóricos, cuyo mesianismo órfico ayudó a difundir en los medios intelectuales romanos. Cornelio Nepote afirma que Catón le consideraba “el hombre más culto que había visto hasta ahora Roma”¹⁹.

Por ello, apenas llegado a la ciudad con las legiones dirigidas por éste, -y con su probable apoyo- abrió su propia escuela de griego, vinculándose prontamente con la elite de la **nobilitas** romana, tales Escipión el Africano y M. Fulvio Nobilior, quien en 189 le llevó consigo en las campañas a Etolia²⁰. Hacia 184 el hijo de M. Fulvio, Quinto, logró que le concedieran la ciudadanía romana²¹.

En la línea de la generación anterior también escribió tragedias y comedias y en el 203 inició la redacción de un importante poema épico en dieciocho libros²² que denominó Anales (**Annali**)²³ y se conoce como **Romaida**²⁴, con idéntica intención de rescatar la grandeza de las raíces romanas como signo de su promisorio futuro. En términos de Cicerón- mostró una “gran reverencia por Homero, del que creía ser el descendiente espiritual romano”²⁵ y también no casualmente Horacio habla de “Ennio, el docto y robusto Ennio, el segundo Homero, según dicen los críticos”²⁶.

Aunque un análisis detallado de la compleja “ideología” de la época superaría con creces el tiempo que se nos ha indicado no podemos dejar de acotar que el “pitagorismo romano” fue un movimiento intelectual y religioso muy complejo -que yuxtaponía elementos filosóficos y prácticas de <magia> popular”-, sobre el cual los testimonios de los historiadores están lejos de ser claros y coherentes, pese a las tentativas hechas de analizar y definir ordenadamente hipótesis inciertas²⁷.

En este contexto neo-pitagórico, Ennio expuso la guerra causada por Karthago como obra de la Discordia en el mundo, que concluía con la victoria de Roma y el establecimiento de la **pax romana**, el triunfo de la Concordia y del Amor en el nuevo siglo que se preanuncia. El mensaje del

¹⁷ Cornelio Nepote. Vida de Catón. I, 4; Silio Itálico XII, 393ss.

¹⁸ “Es probable que al invitar a Ennio a venir a Roma, Catón le haya prometido cantar la gloria del pueblo romano. El historiador de los Orígenes debía estar tentado por una epopeya fundada sobre la historia nacional. Admito que la redacción de los Annales fue comenzada en el año 203 y continuada, año por año, hasta la muerte del poeta...en los últimos libros, su poema se convierte más en una historiografía versificada que en una epopeya” (Grimal, P. op. cit., p. 217).

¹⁹ Cfr. Cornelio Nepote. I, 4. Della Corte, F. op.cit., p. 80.

²⁰ Cicerón. Pro Arquias. 11,27; Tusculanas 1,2,3.

²¹ Cicerón. Bruto. 20, 79.

²² Según Bayet “nueve libros se sumaron a los nueve primeros, y sólo la muerte del escritor puso término a estas adiciones, que terminaron por restar toda unidad al poema” (op. cit., p. 73). Aulo Gelio afirma que Ennio continuó su obra a medida que se desarrollaban los acontecimientos y que los últimos pertenecerían a la vejez (Noches Áticas (XVII, 21,43).

²³ “porque exponen casi año por año los hechos, como los anales públicos redactados o por los pontífices y los escribas” (Diomedes. III, p. 484).

²⁴ “Los Anales de Ennio, deduciéndolo de la extensión de los cantos en los demás poemas épicos latinos, debieron de contener alrededor de veinte mil versos, de los que sólo quedan quinientos setenta más o menos, y entre ellos no pocos que son hemístiquios o trozos, muchas veces de una sola palabra y casi incomprensibles. Estos quinientos setenta versos resultan de unos cuatrocientos veinte fragmentos, debidos a las citas del poema, que se encuentran en las obras de los escritores latinos, y se ha visto que citas de Ennio se hallan aún en los autores de la última latinidad” (Tarnassi, J. op.cit., p. 220).

²⁵ Acad. Pr. II, 16,51.

²⁶ Epist. II, 50.

²⁷ Cfr. Grimal, P. op. cit., p. 227/8.

poeta retoma "la grandiosa lucha épica que terminaba, en la **Iliada**, con la inminente destrucción de Troya, bajo el esfuerzo de los Eácidas y que tiene en la **Romaida** su continuación y su epílogo final. Los descendientes de Eneas fundan en el Lacio una ciudad, a la que prometen los hados el imperio sin fin y la nueva Troya, que ha de vengar a la antigua, crece día en día con la virtud y las victorias hasta que Pirro, vástago último de los Eácidas, hace irrupción en Italia para derribar el pedestal del coloso que surge. Se encuentran frente a frente los mismos enemigos que un día combatieron bajo los muros del Dárdano; pero esta vez Troya triunfa sobre los Eácidas, y el desquite glorioso abre la vía inmensa al cumplimiento de aquellas promesas divinas, que guiaron por los mares las naves de Eneas"²⁸. A partir de este punto Ennio pasa a narrar casi cronológicamente las nuevas guerras de Hispania, Macedonia, Africa con las cuales el horizonte político romano se va ampliando y la idea de una Roma imperial se estructura lentamente, en medio de las preocupaciones escatológicas del ambiente tarentino.

Su poema a Roma -que él prefirió denominar **Annali**- conformó una verdadera epopeya latina, donde el héroe del mito una vez más, no es el hombre, sino todo el pueblo romano; como lo reafirma Cicerón "por cierto los versos de Ennio no solo honran a los que en ellos elogió, sino también el nombre del pueblo romano"²⁹ y más notablemente aún en la acertada cita: "La **res publica** sigue en pie por sus antiguas costumbres y por sus hombres"³⁰.

Grimal sugiere -quizás exageradamente- que con Ennio "por primera vez se forma la idea de una Roma imperial"³¹, expresión que también encontramos en actitudes adoptadas contemporáneamente por Escipión. Parece que Ennio era consciente de su papel ya que habría escrito en su epitafio: "Sigo viviendo en los elogios que vuelan por los labios de todos"³².

Estos pensadores, prontamente convertidos en maestros (pedagogos) de los romanos, influyeron helenizando la elite dirigente respecto de la primigenia cultura romana, vinculada al "soldado-agricultor"³³. Así comenzó a hacerse realidad la expresión poética de Horacio cuando escribió: "Grecia vencida conquistó, a su vez, a su salvaje vencedora e introdujo su civilización en el Lacio bárbaro"³⁴. Roma -como bien señala Pierre Grimal- fue "la última ciudad helenística"³⁵.

Mientras Ennio y sus colegas cantaban la grandeza de Roma, emparentándola con la raíz troyana de la tradición homérica, los romanos combatían desesperadamente -y con todas las armas, las letras incluidas- contra los cartagineses. Como es sabido, en el 202, Escipión cruzó el **Mare Nostrum** y obtuvo una contundente victoria en la batalla de Zama, recibiendo el apodo de "Africano".

A su vez la elite romana asumió la necesidad de defender la posición expansionista entre los griegos del mundo helenístico -la "usina intelectual" de esos tiempos- y contrarrestar la profusa propaganda cartaginesa. Por ello -y en las circunstancias ya señaladas precedentemente, con la intención de rescatar los "orígenes"- el senador Fabio Pictor (Fabius Pictor) redactó, hacia el 200 a C., sus Acciones de los romanos, primer texto de historia romana, escrito no casualmente en griego, la **koiné** de la época. Esta obra, basada en gran medida en los **Annali Maximi** -recopilaciones oficiales de inspiración religiosa- fue continuada por C. Alimento (Cincius Alimentus) Postumio Allino y Cayo Acilio.

Para no perder de vista el contexto histórico debemos recordar que en 197 a C. el cónsul Tito Quincio Flaminio -de una reconocida cultura helénica³⁶- logró derrotar al **basileus** Filipo V de Macedonia en la recordada batalla de Cinoscéfalos y en los Juegos Istmicos siguientes dispuso devolver la libertad a las **poleis** helénicas sometidas a Macedonia por el padre de Alejandro

²⁸ Tarnassi, J. op. cit., p. 218.

²⁹ Pro Arquias.IX.

³⁰ Cicerón. De Republica. I, 1.

³¹ Grimal, P. op. cit., p. 218.

³² cit. Ciceron. Tusculanas. I, 15.

³³ Véase nuestro: "Terra et Urbs. La búsqueda de la mentalidad del ciudadano de la Roma republicana", en: Res Gesta, 22, julio-diciembre 1987.

³⁴ Epístola II. I, 156.

³⁵ El helenismo y el auge de Roma. Madrid, Siglo XXI, 1972.

³⁶ Según Bayet, J. op.cit., p. 85.

magno³⁷. Casi simultáneamente el primer templo a Roma -según los datos que poseemos-, se erigió en Esmirna en el 195 a. C.³⁸, al año siguiente de la proclamación solemne de Flaminio. El nuevo papel de Roma comenzaba a ser reconocido en el mundo helenístico.

Mientras los reinos helenísticos aceptaban la realidad del poder de Roma, una parte de los integrantes de la **nobilitas** se inclinaban a favor de las ideas helénicas, consideradas “revolucionarias” para el pensamiento tradicional romano, y favorecían su penetración en la ciudad de las siete colinas. Un hito fundamental en este proceso fue la decisión del cónsul Paulo Emilio³⁹, quien después de derrotar a los macedonios rebeldes en la batalla de Pidna, en 168 a. C., permitió a sus hijos mayores⁴⁰ que le acompañaron, seleccionar una parte importante de la biblioteca⁴¹ que forjó un antepasado del monarca macedonio Perseo, que se había rodeado de pensadores y consejeros estoicos. Ésta abrió el acceso a la lectura de los autores que mencionaban los pedagogos griegos. Resulta evidente que reunía las obras más importantes del pensamiento griego clásico, especialmente por la relación que ligaba al monarca Antígono Gonatás con el estoico Zenón. Conocemos la especial predilección que tuvo entre los romanos Jenofonte (Xenofon), en cuyas **Memorialia** basó Rutilio Rufo su **De vita sua**. No es de descartar que en ese clima intelectual Paulo Emilio haya acercado a Roma también textos provenientes de las bibliotecas de Pérgamo y Alejandría, fomentando, los nacientes estudios filológicos de Ennio (Quintus Ennius). Otro autor señala que los **volumina** fueron trasladados a su villa de Pozzuoli e incluían la biblioteca de Apelición de Teos, el bibliófilo y filósofo peripatético, que había acumulado una envidiable colección de libros que incluía libros pertenecientes a Aristóteles y a Teofrasto⁴².

Es importante que recordemos que en el mundo helenístico, con el que Roma entró en contacto, sobresalían las escuelas filosóficas de los estoicos y los epicureos y, fundamentalmente, a través de la Magna Grecia, el neo-pitagorismo. Mientras los epicureos se caracterizaban por su mecanicismo moral y su individualismo que acentuaban una posición escéptica casi atea y una preferencia por el placer, aspectos poco afines a la cosmovisión del "soldado-agricultor" romano; los estoicos, en cambio, aportaban ideales de tradición, justicia y deber, aceptación de las divinidades y prioridad de la voluntad, más afines a los romanos.

La **nobilitas** tuvo una relación conflictiva con los filósofos provenientes de la Hélade. Las fuentes nos informan que ya en el 182 –en plena guerra en Macedonia-, velando por la tradición, el Senado romano prohibió las Bacanales; cinco años más tarde fueron quemados los libros pitagóricos, hallados –según se decía- en la tumba del rey Numa; en el 173 el Senado expulsó de la urbe a los epicúreos Alicio y Filisco⁴³, y como la penetración de las ideas helénicas fue cada vez

³⁷ “Se celebraban los Juegos Ístmicos, y había gran concurso en el estadio para ver los combates, como era natural, cuando Grecia reposaba de una guerra hecha por largo tiempo con la esperanza de la libertad y se reunía en medio de una paz segura. Se hizo con la trompeta a señal de silencio, y presentándose en medio el pregonero, anunció que el senado de los romanos y el cónsul Tito Quincio, su general, después de haber vencido al rey Filipo y a los macedonios, declaraban libres de tener guarniciones, exentos de tributo y no sujetos a otras leyes que las propias de cada pueblo a los corintios, locrios, eubeos, aqueos, tiotas, magnesios, tesalios y perrebeos” (Plutarco. *Vidas Paralelas*. Flaminio. X).

³⁸ Tácito. *Anales*. IV, 55.

³⁹ Había sido ya cónsul en el 182 y nos narra Plutarco que “tenía (Paulo Emilio) unos sesenta años, pero fuerte todavía y robusto, y de gran influjo para sus clientes, sus hijos jóvenes y el gran número de amigos y parientes poderosos en la República, los cuales todos le inclinaban a que se presentase a los votos del pueblo que le llamaba al consulado....Le nombraron, pues, segunda vez cónsul, no dejando que se echaran suertes sobre el mando de las provincias, como era costumbre, sino decretándole desde luego el mando de la guerra macedónica” (Plutarco. *Vidas Paralelas*. Paulo Emilio. X).

⁴⁰ Habidos de su primer matrimonio y adoptados por diferentes familias después de su divorcio, fueron conocidos como Fabio Máximo Emiliano (nacido c. 186) -que fue cinco veces cónsul- y el menor Escipión Emiliano (Escipión el joven, nacido c. 185) -al que adoptó el hijo de el Africano, de quien era primo, prestándole su nombre de Escipión- (Plutarco. Paulo Emilio. 5, 3). De sus hijas, una casó con el hijo de Catón y la otra con Elio Tuberón, el que manifestó mayor decoro por la pobreza. Sus dos hijos del segundo matrimonio murieron seguidamente, aún niños, en los días de la batalla de Pidna (Cfr. Plutarco. *Vidas Paralelas*. Paulo Emilio. V).

⁴¹ Plutarco. Paulo Emilio. 28, 6.

⁴² Cavallo, Guglielmo-Chartier, Roger. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid, Taurus, 1998, p. 100.

⁴³ Ath. 547 A.

mayor -coincidiendo con la incorporación de Roma a la política y al comercio del mundo helenístico- provocó nuevas reacciones que llevaron a que en 161 el Senado autorizara al pretor M. Pomponio a expulsar de las ciudad a los filósofos y **rethores** que atentaran contra el interés de la República⁴⁴, medida que nos advierte sobre la actividad y peligro que vaticinaba Catón.

Pero el "curso de los tiempos" iba en otra dirección y los monarcas helenísticos empleaban a los filósofos no solamente como consejeros –sabios, al estilo platónico-, sino también como hábiles diplomáticos defensores de los intereses monárquicos. Así en el 159 –poco después de la muerte de Ennio- llegó como embajador enviado por el rey Átalo II de Pérgamo el gramático estoico Crátes de Melos y cuando por accidente se quebró una pierna, debió permanecer en la ciudad mucho más tiempo del previsto. Para estar ocupado se dedicó a impartir clases a la dirigencia romana, “sedienta” de las “nuevas ideas”⁴⁵. Poco más tarde, en 155 Atenas envió a Roma una célebre delegación destinada a defender la causa de Cropos integrada por representantes de sus tres escuelas más significativas: el neoacadémico Carneádes, el peripatético Critolaos y el estoico Diógenes de Seleucia....Especialmente las conferencias “públicas” de Carneádes obtuvieron un éxito rodeado de escándalo, en la medida que criticaba el expansionismo romano desde un punto de vista ético. Plutarco lo narra en estos términos: “Al punto, pues, pasaron a visitar a estos personajes los jóvenes más aficionados a la literatura y dieron en frecuentar sus casas oyéndolos y admirándolos. Principalmente la gracia de Carneádes, que no le faltaba poder ni la fama que a este poder es consiguiente, logró atraerse los más ilustres y más benignos oyentes, siendo como un viento impetuoso que llenó la ciudad de la gloria de su nombre. Corrió, en efecto, la voz de que un varón griego, admirable hasta el asombro, agitándolo y conmoviéndolo todo, había inspirado a los jóvenes un ardor extraordinario que, apartándolos de toda las demás ocupaciones y placeres, los había entusiasmado por la filosofía. Estos sucesos fueron agradables a los demás romanos, que veían con gusto que los jóvenes se aplicasen a la instrucción griega y comunicasen con tan admirables varones...”⁴⁶.

El terreno estaba abonado para la acción de Catón (Marcus Portius Cato), quien –según Bayet- “durante este medio siglo representó la desconfianza senatorial frente a todo lo que era griego”⁴⁷. Éste había manifestado reiteradamente y con claridad su desconfianza ante la “penetración ideológica “de los helenos, a los que despectivamente llamaba **graeculi**. “Para indisponer al hijo con las cosas de los griegos, empleó una voz más entera que lo que su vejez permitía, y, como profetizando y vaticinando, dijo que los romanos arruinarían la república cuando por todas partes se introdujesen las letras griegas; pero el tiempo acreditó de vana esta difamación, pues luego creció la prosperidad de la república y admitió benignamente las ciencias y toda especie de enseñanza griega”⁴⁸ o en palabras que transcribe Plinio: “<Te hablaré de esos griegos en su momento. Marco, hijo mío⁴⁹, de la experiencia que adquirí en Atenas y lo bueno, que es echarle un vistazo a su cultura, sin estudiarla a fondo. Te demostraré que el suyo es un pueblo nefasto e intratable, y puedes estar seguro de que mis palabras son proféticas: en el momento en que esa gente difunda su cultura, lo corromperá todo, y más aún, si nos envía sus médicos. Se han conjurado para matar a todos los extranjeros con su medicina, pero lo hacen cobrando, a fin de inspirar confianza y matar sin problemas. También a nosotros suelen tacharnos de extranjeros y con más inquina que a otros pueblos nos injurian con el calificativo de ópicos (ignorantes). Te prohibo terminantemente todo trato con ellos”⁵⁰.

La mencionada embajada era la oportunidad que esperaba para iniciar su ataque frente a la irrupción del helenismo en Roma Afirma Plutarco varios siglos más tarde que ésta “fue como un viento que llenó la ciudad....No se hablaba de otra cosa”⁵¹ y agrega: “pero Catón, a quien desde el

⁴⁴ Suetonio-. Gram. 25 y Aulo Gelio. XV, 11.

⁴⁵ Cfr. Bonner, Stanley. La educación en la Roma antigua. Barcelona, Herder, 1984, espec. p. 42.

⁴⁶ Plutarco. Vidas Paralelas. Catón. XXII-XXIII.

⁴⁷ Op.cit., p. 86.

⁴⁸ Plutarco. Vdas Paralelas. Catón. XXIII.

⁴⁹ Para su educación tradicional romana redactó **Libri ad Marcum filium**.

⁵⁰ Plinio. XXIX, 7, 14.

⁵¹ Caton el mayor. 22.

principio había sido poco grato el que fuese cundiendo en la ciudad la admiración de la elocuencia, por temor de que los jóvenes, convirtiendo a ella su afición, prefiriesen la gloria de hablar bien a la de las obras y hechos militares, cuando llegó a tan alto punto en la ciudad, la fama de aquellos filósofos y se enteró de sus primeros discursos, que a solicitud e instancia suya tradujo ante el senado Cayo Acilio, varón muy respetable, tomó ya la resolución de hacer con decoro fueran todos los filósofos despedidos de la ciudad. Presentándose, pues, al Senado, reconvino a los cónsules sobre que estaba detenida, sin hacer nada, una embajada compuesta de hombres a quienes era muy fácil persuadir lo que quisieren; por tanto, que sin dilación se tomara conocimiento y determinara acerca de la embajada, para que éstos, volviendo a sus escuelas, instruyesen a los hijos de los griegos, y los jóvenes romanos sólo oyesen como antes a las leyes y a los magistrados. No lo hizo esto, como algunos han creído, porque estuviere mal individualmente con Carnéades, sino por ser opuesto en general a la filosofía y por desdeñar con orgullo y soberbia toda instrucción y enseñanza griega...”⁵².

Catón –bordeando los sesenta- escribió –como señaláramos- una obra destinada a rescatar las raíces de Roma en la línea que venimos desarrollando y la llamó **Orígenes**. Afirma Plutarco que “escribió la historia de su propia mano y con letras abultadas, a fin de que el hijo⁵³, tuviera dentro de la casa medios de aprovecharse para el uso de la vida, de los hechos de la antigüedad y de los de su patria.”⁵⁴.

Della Corte –autor de un importante estudio biográfico sobre Catón- sostiene que continuando con la tradición “literaria” “...en el primer volumen quiere tratar la monarquía, con la legendaria figura de Eneas, y los siete reyes, de Rómulo a Tarquino el soberbio...”⁵⁵, pero cuando tres libros estaban casi terminados se produjo el regreso del cónsul Paulo Emilio –sobrino de Escipión- victorioso en Pidna (168) y portador de cantidad de libros que –junto con los rehenes aqueos- fortalecieron el helenismo de la **gens** de los Escipiones y sus aliados, llevándole a modificar su enfoque.

A su vez sabemos –como expresa Bayet- que para los jóvenes de la nueva generación, Escipión (Publius Cornelius Scipio) –conocido como “el Africano” por su triunfo en Zama (202 a C)-, el aún excesivamente joven vencedor de Aníbal, encarnó “el tipo perfecto: es un <héroe>, un poco al estilo de Alejandro Magno, que se impone como un ser predestinado al ejército, al pueblo, al Senado; humano, instruido, atractivo, enamorado de las letras y de las artes, logra atraerse muy pronto a los griegos...”⁵⁶. No es de extrañar que prontamente Escipión agrupara a su alrededor a todos aquellos que simpatizaban con sus “nuevas ideas” y elaboraran otra cosmovisión y un nuevo proyecto político imperialista, de raíz helenística, que conllevaba la expansión comercial y la militarización del poder, la que por su “soterología” del “hombre providencial” preparaba el camino al Imperio. Así constituyó un cada vez más importante “círculo” o “grupo de opinión”⁵⁷. A este círculo –que difundió Cicerón en La República- habrían pertenecido Escipión Emiliano, Lelio “el sabio”, L. Furio, Q. Aelio Tubero, Q. Mucio Escevola, C. Fannio, Rutilio Rufo, Sp. Mummio, L. Aelio, M. Vigellio, los poetas Terencio y Lucilio y dos destacados políticos y pensadores helenos Panecio (Panaitios) y Polibio de Megalópolis.

Para los romanos el período que siguió a la batalla de Zama (202) y a las guerras de Macedonia (197 y 168) implicaban que el Imperio ya estaba constituido y, según Bignone⁵⁸ “solo falta conservarlo”, pero nos parece que antes –y fue la tarea de esa generación- correspondía interrogarse sobre él en el contexto más amplio de la historia de Roma, buscar sus causas y prever su destino para así, al narrar su historia, justificarlo.

Es sabido que al final de la guerra contra Macedonia “miles de prisioneros fueron llevados a

⁵² Plutarco. Vidas Paralelas. Catón. XXII-XXIII.

⁵³ Luego casado con Tercia, hija de Paulo Emilio y hermana de Escisión.

⁵⁴ Plutarco. Vidas Paralelas. Catón. XX.

⁵⁵ Della Corte, F. op. cit., p. 78. La leyenda de Eneas ya aparece en los Carmi Convivali (Cicerón. Tusculanas. 4,2, 3. Cfr. Della Corte, op. cit. p. 83, nota 212.

⁵⁶ Bayet, J. op. cit., p. 85.

⁵⁷ Cfr. Romero, José Luis. La crisis de la República romana. Bs. As., Losada, 1942, p. 28.

⁵⁸ Storia della letteratura latina. Firenze, Sansón, 1946, t. I, p. 311.

través del Adriático, muchos de los cuales encontrarían empleo como <pedagogos> o como preceptores en las familias romanas con lo que contribuyeron enormemente a propagar el conocimiento del griego. Estaban asimismo los rehenes exigidos de los estados que pudieran estar inclinados a resistirse a la supremacía romana, como los mil rehenes enviados desde Acaya y distribuidos entre las ciudades de Italia⁵⁹. Entre ellos llegó a la deslumbrante Roma el joven Polibio de la pequeña Megalopolis -hijo de Likortas, funcionario de la Confederación Aquea, quien, con gran habilidad, logró colocarse “bajo el ala” de Escipión, el hijo de Paulo Emilio⁶⁰. El procónsul romano descubrió su capacidad –y utilidad- y no vaciló en aceptar el ofrecimiento de guiar el estudio de su hijo⁶¹, incorporándose a la vida de la **gens** Cornelia y asumiendo prontamente tareas de consejero, profundo conocedor del mundo helénico.

A él correspondió la definitiva integración del pensamiento helénico con la realidad política romana, tras enfrentarse con el espectáculo de la potencia romana, que le causó más que admiración, una fascinación casi irresistible⁶². Es posible que el propio Escipión (¿Emiliano?) le haya propuesto escribir su renombrada obra histórica.

Aunque no alcance el tiempo para dedicar a Polibio la consideración que merece es necesario, al menos, observar cómo apreciamos en él la influencia de sus contemporáneos estoicos y muy especialmente la del pensamiento de Aristóteles e Isócrates al explicar la constitución romana y justificar su estabilidad por haber evitado la disolución y muerte del organismo político al contener el proceso de **anakyklosis** o recurrencia, por el cual -en el contexto del mito del eterno retorno- los estados estaban condenados a una permanente decadencia que llevaba de las formas puras (monarquía, aristocracia, politeia) a las impuras (tiranía, oligarquía, democracia). Polibio, al detener la narración del desarrollo histórico en el libro VI para buscar una explicación racional a los sorprendentes triunfos romanos, concluyó que ésta obedecía a la **virtus**, lo que le permitía la coexistencia simultánea en el tiempo -equilibrio (29b)- de las tres formas puras representadas en sus instituciones (cónsules, Senado, Comicios), logrando así frenar el proceso de corrupción, o sea... el tiempo. Y así al detener el tiempo se ingresa en la eternidad. O dicho en otros términos esta concepción de la **Tyjé** o de la **virtus** adquiría de hecho acentuados matices providencialistas. De este modo indirecto, Polibio, pese a su presumible pragmatismo anti mítico, favoreció el crecimiento de la idea de la grandeza y eternidad de Roma.

Por otra parte, su explicación de la constitución romana es notablemente idealista y se inserta en esta serie de historiadores que intentaron llevar la historia de Roma a nivel de epopeya o mito, propio de la mentalidad griega⁶³.

La penetración helénica en Roma está vinculada a la figura de Escipión Emiliano, nieto adoptivo del Africano, educado -como vimos- en el círculo de los Escipiones, quien tuvo la oportunidad, con su amigo Lelio, de asistir a las enseñanzas del filósofo estoico Diógenes de Babilonia⁶⁴, trayendo luego consigo a Roma al filósofo Panecio de Rhodas como su consejero político y amigo. Este, hijo de Nikágoras, que fuera embajador en Roma, en el 169 a. C., se dirigió a dicha ciudad por "donde pasaba la historia", ya que prefería la experiencia personal a los libros y allí transmitió a los romanos la filosofía estoica mitigada por las ideas platónicas y aristotélicas afines a una orientación más práctica.

Parece que Panecio se encontró con Escipión Emiliano a través de Polibio en el 147 a. C. en ocasión del sitio de Karthago⁶⁵ y Escipión debió haber apreciado de él no solo su filosofía, sino su conocimiento de los asuntos orientales, como en Polibio de los griegos. Con ellos también coincidió en Roma Blosio de Cumas, el promotor del ideal estoico de la igualdad universal de los hombres y consejero de los Gracos⁶⁶.

⁵⁹ Bonner, S. op. cit., p. 42.

⁶⁰ Polibio XXXI, 23,5.

⁶¹ Polibio XXIII, 4, 6-12.

⁶² Fustel de Coulanges. N. Polibio ovvero la Grecia conquistata dai Romani. Bari, Laterza, 1947, p. 102.

⁶³ Dumezil, G. Servius et la Fortune. Paris, 1943, espec. p. 189/93.

⁶⁴ Cicerón. De oratore. II, 154.

⁶⁵ Tatakis, B. Panetius de Rhodes. Paris, Vrin, 1931, p. 26.

⁶⁶ Elorduy, Eleuterio. El estoicismo. Madrid, Gredos, p. 75.

Debemos agregar que Panecio exaltó el papel civilizador del hombre y escribió un tratado del deber⁶⁷ en que afirmaba la creencia en el progreso humano, favoreciendo la misión de Roma⁶⁸ al identificar la ciudad cósmica de los estoicos con la realidad de Roma⁶⁹. Además "contribuyó a demostrar a los romanos la conciencia de su destino"⁷⁰.

Finalmente, desarrollando ideas de Aristóteles, Panecio sostuvo que para los "pueblos inferiores" era una bendición de la providencia caer en manos de "pueblos superiores" intelectual y moralmente, que les permitan acceder a un grado más alto de cultura.

La cada vez más irresistible irrupción de los helenos se notaba claramente y Plauto retrata claramente esta situación –y quizás la opinión generalizada- cuando describe: “Todos estos griegos que andan por ahí, paseándose con la cabeza tapada, cargados de libros y de cestas de esparto o palma, que no hacen más que pararse y discutir; esclavos escapados de sus casas; todos éstos que os estorban y detienen, que van dando su opinión en alta voz por la calle...”⁷¹. No debe extrañarnos entonces que los defensores del helenismo se confinaron en círculos restringidos, como el citado de los Escipiones.

“Durante el siglo II tuvo lugar la conquista romana, primero sobre el Oriente helenístico, luego sobre Occidente...La vida económica y social –e incluso la sensibilidad- de Roma sufrieron una profunda transformación: la afluencia de riquezas y de obras de arte impulsó al lujo y a la búsqueda de placeres; y como contrapartida, la brutalidad y el orgullo nacional se agravaron...La vieja aristocracia se helenizaba complacida y a la vez preconizaba el purismo; la masa, en cambio, se entregaba a los aspectos materiales y perturbadores del helenismo asiático; entre una y otra, el Senado defendía; no sin cierta hipocresía, el viejo ideal romano”⁷² y como advierte Cicerón, más allá de la actitud de gran parte de la **nobilitas** –y de sus representantes como Catón- “prontamente los romanos más avisados descubrieron que bajo el magisterio de los griegos el conocimiento de la retórica podía incrementar la eficacia de un político ambicioso”⁷³.

De este modo Roma entraba verdaderamente en contacto con la ecúmene. Por otra parte, todo lo griego –tanto los negocios como los refinamientos y placeres de la vida cotidiana- comenzaba a atraer a la nueva generación de los optimates, cada vez más interesados por las ventajas que podía aportarles.

Asimismo podemos advertir que en el siglo I a C. “los jóvenes romanos ya no se conformarían con los maestros de que podían disponer en Roma o hacer venir a Roma, sino que viajarán a la propia Grecia para completar allí su formación siguiendo los mismos estudios que los griegos nativos; y más significativo es aún el caso de los jóvenes que querían ingresar en las escuelas de los filósofos y rétores de Atenas o de Rodas, los dos centros universitarios más importantes del mundo griego, como ocurrió con el mismo joven Cicerón (Cicerón. Bruto. 307; 312; 315-16) o con alguno de sus contemporáneos (Cicerón. Bruto. 245)”⁷⁴.

Como señalaría cualquier historiador avezado "Catón no podía vencer, la ciudad Estado romana desaparecía. La riqueza del mundo y las ideas asiáticas respecto al empleo de la riqueza iban penetrando en Roma"⁷⁵.

Pero, aunque los Escipiones fueron permeables a las nuevas ideas aprendieron de sus nuevos maestros griegos a "reunir la disciplina de su patria y de sus antepasados con la doctrina extranjera de Sócrates"⁷⁶. El grupo que integraban, al igual que Catón y sus seguidores, tenía una profunda fe en el destino de Roma, pero lo preveían de manera distinta, pues en el "círculo helenizado" de los

⁶⁷ Ciceron. De fin. IV, 28, 79.

⁶⁸ Cfr. Bignone, E. op.cit. t, I, p. 393.

⁶⁹ Cicerón. De Republica. I, 21, 34.

⁷⁰ Tatakis, B. op.cit. p. 29.

⁷¹ Curculio. 288-90.

⁷² Bayet, J. op. cit., p. 84.

⁷³ De oratore. I, 14.

⁷⁴ Marrou, H.I. Historia de la educación en la Antigüedad. Bs. As., EUDEBA, 1970, p. 301.

⁷⁵ Barrow, R. Los romanos. México, F.C.E., 1950, p. 69.

⁷⁶ Cicerón. De Rep. III-3. Cfr. Polibio. XXXII-9: "ya he dicho que nuestras relaciones empezaron conversando acerca de los libros que me prestaba".

Escipiones se estaba elaborando una nueva "historia del mundo" (**oekumene**) que tendría por centro a Roma y mostraría su misión civilizadora y humanista, según la esbozara Panecio, al ensamblar las doctrinas de la **Stoa** con las prédicas de Platón y Aristoteles, asentándolas en la creencia estoica de la providencia divina manifestada en el mundo. Estos hombres llevarán a cabo "una verdadera revolución espiritual que transformaría el alma romana (...) y le permitiría tomar conciencia de su misión"⁷⁷ encontrando en la teoría griega civilizadora la justificación teórica a su expansionismo⁷⁸, previsto por un destino (**fatum**), destino al cual, por otra parte, Escipión ya venerara durante sus años como magistrado⁷⁹.

Con su perspicacia habitual observa Grimal, que, "en verdad, estas dos posiciones, tan diversas entre ellas, coexistían en el genio romano; podemos percibir como ellas se conciliaron en un pensamiento imperial, que se expandirá, un siglo y medio más tarde, en el círculo de pensadores y de políticos que rodearon a Augusto"⁸⁰.

Es nuestra intención concluir afirmando que este proceso de helenización de Roma fue el camino hacia la romanización de la ecúmene: un verdadero encuentro de culturas. A partir del triunfo de la posición helenística "la romanización fue equivalente a helenización"⁸¹.

En síntesis: la helenización de Roma había abonado el camino para la romanización de la ecúmene.

⁷⁷ Grimal, P. op. cit., p. 14.

⁷⁸ Badian (Roman imperialism in the Late Republic. Oxford, 1968, p. 93) ya demostró que la justificación del Imperio obtenido en una "guerra justa" es anterior a la influencia helénica.

⁷⁹ Así por ejemplo, construyendo un santuario a la diosa Fortuna Primigenia -primera hija de Júpiter- y fuerza primordial del Universo.

⁸⁰ Op. cit., p. 210.

⁸¹ Toynbee, A. La civilización helénica, p. 225.